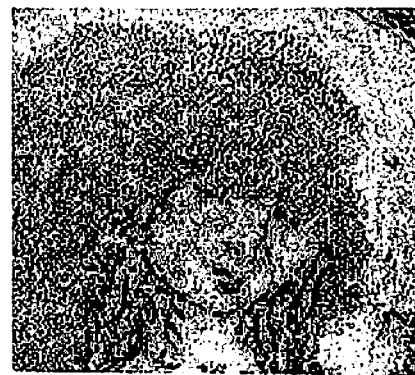




J. VELASCO





¿Dónde está Octavio Paz?

Luis Alfonso Guadarrama Rico



Qué tenemos dentro que cuando la gente muere, parece que siempre la amamos? La pregunta, por supuesto, es demasiado grande y profunda como para esperar *una* respuesta. Habría muchos intentos para contestar tal inquisición pero cada uno de esos ensayos –seguramente– nos llevarían a correr el velo de cuán policromos y acomodaticios resultamos ante su majestad, la muerte.

Hace unos cuantos meses dio pretexto Octavio Paz, justo el día 19 de abril. Con su partida, con la dolorosa y tozuda expresión de su muerte, muchas plumas empezaron a desfilan en la prensa escrita; otras voces hicieron lo propio en la televisión y la radio. Prácticamente todo el mundo se volcó sobre la vida y obra del autor de *El laberinto de la soledad*, sobre su labor en la revista *Plural*, sobre el delicado y selecto trabajo de la revista *Vuelta* y el no menos importante papel que jugó su trabajo diplomático, así como su cuestionado papel en la empresa Televisa, según algunos intelectuales de la izquierda de los años setenta.

Es como si al dejar de ocupar espacio en el mundo de los vivos, los que aún son abrazados por la vida sintieran una especie de remordimiento añejo que reclama su voz y su tinta para expresar cuánto admiraban y amaban al ser que ya no está. Es un culto a los muertos, cíclico, esporádico y al mismo tiempo volátil. Es como si al ocupar espacio entre los vivos, los que comparten el mundo con él, sintieran la necesidad de permanecer mudos e inexpresivos ante la labor y contribución que hace el otro. Es como si la presencia del ser vivo fuera capaz de sepultar la palabra (la que tanto amó Paz) para no ser escuchada por aquel al que aludiría. Pero como un acto de extraña rebeldía, cuando el cuerpo muere, todo se hace palabras que hieden torpemente a guardado.

Detrás de la muerte física de Octavio Paz, desde el mismo domingo 19 de abril, los medios de comunicación abrieron sus planas piernas para invitar a los cercanos y distantes amigos del poeta a verter sus locas ansias por hacerle saber a los deudos del Premio Nobel de Literatura (1990) cuánto habían aprendido de Paz; cuánto amaban al que

Luis Alfonso Guadarrama Rico. Maestro en Comunicación por la Universidad Iberoamericana. Profesor de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública. Ha publicado diversos artículos especializados en familia y medios de comunicación. Recientemente fue editado su libro *Dinámica Familiar y Televisión. Un estudio Sistémico* (UAEM).



F. MEJÍA

fuera embajador de México ante la India (1962); cuánto lo conocían y cuánto le sabían de su vida personalísima.

Así, uno descubría las huellas de esas ansias, hechas letras, palabras y voces, que gritaban: yo amaba a Paz; yo admiraba al poeta; yo desayuné con él; yo le conocí..., yo, yo, yo... Y las fotografías del ayer, de Octavio Paz y de sus edades, fueron atrapadas en esos cuencos planos y semisepias de los medios de comunicación.

Es posible que mis palabras suenen toscas y tengan un sabor semiamargo. En efecto, son toscas y semiamargas. No sólo porque reclamo nuestra necia y torpe manera de reconocer y hablar sólo después de que la vida del ser ha marcado su fin. Son toscas porque después de unas cuantas semanas, el duelo por la pérdida física de Octavio Paz y las muchas voces, se han ido a posar alegremente y sin rubor, en lo más hondo de nosotros mismos, hasta que otra muerte las haga salir con la amargura que da el remordimiento.

Lo que hicieron los medios de comunicación con la muerte del poeta y ensayista no fue muy diferente cuando murió Emilio Azcárraga Milmo (dueño del consorcio Televisa) ni tampoco muy distinto



de lo que desplegaron con Fidel Velázquez (líder de la CTM). Prensa, radio y televisión, cuando la gente parte, cuando se va de algún sitio en el que vivió largo tiempo de su existencia, lo aprovechan para hacer verdaderos mártires y luchadores sociales. Cuando Raúl Velasco (el de *Siempre en domingo*) dejó su longevo programa, también fue objeto de un recuento sumario; cuando Jacobo Zabłudovsky dejó de salir a cuadro en el *canal de las estrellas* de Televisa, ocupó espacio en los medios de comunicación. Y sobra decirlo, pero hay considerables diferencias entre Octavio Paz y los tres personajes anteriores. Sin embargo, los medios de comunicación, en su desenfundada carrera por publicar noticias, aprehenden muy distintos referentes y personajes y suelen darles casi el mismo tratamiento.

El culto a la muerte de Octavio Paz se inició el 20 de abril de este año. Los títulos de las notas y columnas desgranaron sobre el ataúd de Paz, uno a uno, distintos atributos telegráficos de aquel que en vida fue Octavio. Desfilieron expresiones como: *el poeta mayor; la conciencia de México; un espíritu excepcional; diplomacia y pensamiento; pilar de las letras mexicanas; el más grande pensador y poeta; las guerras de Paz; el niño guapo de carácter dulce; la sonrisa de Paz; cómo leer al Nobel.*

Se hicieron esfuerzos descomunales por atrapar las condolencias, mensajes y pequeñas frases que expresaron algunas personalidades del orbe. De México (Juan José Arreola, Eduardo Lizalde, Fernando del Paso, Marco Antonio Montes de Oca, Ricardo Garibay, Carlos Monsiváis, Enrique Krauze, entre muchos otros); de Argentina (Ernesto Sábato, Adolfo Bioy Casares, Enrique Lafourcade), de España (Fernando Savater, Juan Antonio Masoliver, Juan Luis Cebrián, Manuel Vázquez Montalbán); de Cuba (Senel Paz, Leonardo Padura, Elizardo Sánchez, Guillermo Cabrera Infante); de Paraguay (Augusto Roa Bastos); de Ecuador (Jorge Enrique Adoum); de Guatemala, por supuesto (Rigoberta Menchú); de Nicaragua (Sergio Ramírez); Gran Bretaña (Jason Wilson, Arthur Terry); de Rusia (Pavel Grushov). Todos, en torno a Paz, a su deceso, a su talla como literato, a su poesía y a su obra.

Pero eso no le bastó a los medios de comunicación. En el colmo de la rabiosa explotación necrófila, empezaron a entrar en detalles respecto a las regalías que le tocarían a Elena Garro, su excónyuge y sobre el resentimiento, tanto de Elena como de su hija Helena Paz. Por ello, digo que abrevamos, por capricho de los medios de comunicación, en las mareas y remolinos de un océano que trata de recontar la vida del que se ha ido. Pero lo hace con la pluma y la voz de quienes siguen vivos y que no supieron o no pudieron expresar a grito abierto y de cara a Octavio Paz, lo que ahora dicen pensar y creer del occiso. Y esta obra, este producto que sale para ser carcomido en los *mass media*, se vende, se comercia; llenan espacios y tiempos que, desesperados, hablan de la vida que ya no está.

A través de este ejercicio, entreverado en y por los medios de comunicación, parece que la muerte nos avisa que alguien ha vivido. Nos obliga a mirar y a escudriñar sobre la vida íntima del personaje que ya no puede escuchar ni defenderse; es una paradoja, porque la muerte hace hablar de la vida. Los medios, entonces, invierten, amplían y propagan los dos ex-

tremos de nuestra existencia: principio y fin. A la muerte y a la vida se les ve a distancia. A la muerte, al dolor, al duelo, a la enfermedad, a la vida, a la obra, a la dicha y a la desavenencia de Octavio Paz se les antepone, el prefijo «tele».

Puertas adentro, los medios de comunicación, intencionadamente o no, so pretexto de la muerte, del fallecido, del dolido, escarban la vida íntima y la hacen pública, para satisfacción voyeurista del lector y de la audiencia.

De Octavio Paz, prefiero quedarme, y para siempre, con el terciopelo de sus ensayos: *El laberinto de la soledad* (1950), *Cuadrivio* (1964), *Puertas al campo* (1966), *Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo* (1967). Me dejó atrapar por la poesía: *Libertad bajo palabra* (1949), *Piedra de sol* (1957), *Brindaban* (1964), *Blanco* (1967), *Topoemas* (1968) y *Pasado en claro* (1975). Por supuesto, hay mucho más. Pero yo me quedo con el Octavio Paz que está en sus letras y que ahí estarán, porque han brincado el fango de la muerte y de los medios.○

